

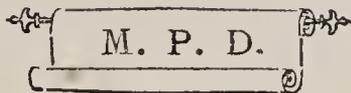
UN FRANCÉS EN CARTAGENA

UN FRANCÉS EN CARTAGENA

COMEDIA EN DOS ACTOS

POR

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS



PRECIO: 1,50 PESETA

MADRID

ESTAB. TIP. DE E. CUESTA, Á CARGO DE J. GIRALDEZ

Calle de la Cava-alta, 5

1886

PERSONAJES

ACTORES

Dolores	DOÑA MATILDE DíEZ.
Pepa	DOÑA CONCEPCION VALERO.
Gustavo	DON JULIAN ROMEA.
Don Cipriano	DON ANTONIO DE GUZMAN.
Un Oficial	DON LORENZO PARIS.
Un criado y soldados.	



Sala de casa de Don Cipriano, en Cartagena; puerta en el foro; otra y un balcon á la derecha del actor, y otra á la izquierda; muebles de lujo, y entre ellos un espejo.

Esta composicion pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscripcion de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año

ACTO PRIMERO

Es de noche

ESCENA PRIMERA

DOLORES y DON CIPRIANO. Aparecen vestidos de dominó,
pero sin careta y sentados

- DOLORES. ¡Aun no viene la tartana!
- D. CIP. ¡Oh! Primero que recoja
á las chicas de Pantoja,
y á Petronila y á Juana...—
¿Te aguija mucho el deseo
de ir al baile?
- DOLORES. No, papá;
¡pero esta noche estará
tan brillante el coliseo!...
- D. CIP. ¡Digo, Carnaval, y martes!
¿Quién excusa baile y cena?
Momo reina en Cartagena
lo mismo que en todas partes.
- DOLORES. ¡Oh, sí, y hace maravillas
mientras dura este belen;
vaya; cuando á usted tambien
le saca de sus casillas!...
- D. CIP. ¿Soy yo, por ventura, fraile?
¿O quisieras—y es muy justo—
que fuese menos vetusto
tu caballero de baile?
- DOLORES. ¡Ah! ¿Con quién iria yo
más gozosa?...

- D. CIP. ¡Oh! Pues me atrevo
á parecer un mancebo
con careta y dominó.
- DOLORRES. Mas papá que por llevarme
á las máscaras no duerme,
¿tiene afán de complacerme...
ó designio de celarme?
- D. CIP. ¡Eh! ¿Quién guarda á las mujeres
cuando no se guardan ellas?
Sigo con gusto tus huellas,
porque eres buena y me quieres.
- DOLORRES. Tanto, que casi á despecho
voy á las máscaras.
- D. CIP. ¿Sí?
- DOLORRES. Pues usted deja por mí
el regalo de su lecho.
- D. CIP. ¿Dormiria yo? Te engañas.
¿Duermen acaso los viejos?
¿Y cómo teniendo lejos
la prenda de mis entrañas?
O si durmiera, despues
me desvelara al momento
con aquello de *memento*
homo, quia pulvis es!...
No; deja que, entrando en liza
con la juventud lozana,
me olvide de que mañana
es miércoles de ceniza;
que si para todos zumba
con son infausto su nombre,
¿cuánto más, dí, para el hombre
que tiene ya un pié en la tumba?
- DOLORRES. ¡Jesus, qué ideas, Jesus!
Me aflige usted, me amedrenta...
- D. CIP. ¿Y por qué? ¡Bobada! Haz cuenta
que no he dicho tus ni mus.
- DOLORRES. Claro está; mas, por si acaso,
ahora acepto el compromiso.
Vendrá usted, y, si es preciso,

en entregarme á un francés?
 ¿No hay ya mozos en mi tierra?

D. CIP.

El ser de tu gusto ó no
 es lo que más interesa,
 y mas que sea francesa
 la cuna que le meció.
 En circunstancias muy críticas,
 y con la vida en un tris,
 me arrojaron del país
 mis opiniones políticas.
 ¡Fatal año veintitres;
 fatal nuestra desunion,
 y fatal la intervencion
 del ejército francés!
 A los hijos de Numancia
 ella trajo el despotismo...
 Mas la Francia no es lo mismo
 que el gobierno de la Francia.
 ¡Cuántos, de aleve sicario
 salvando apenas la vida,
 hallaron grata acogida
 en su suelo hospitalario!
 Entonces, de alguna estrella
 benigna el próspero influjo,
 sano y salvo me condujo
 á las playas de Marsella.—
 Aun no habias tú nacido,
 que quedó tu madre en cinta
 de tí... ¡mi pobre Jacinta!
 Nunca la echaré en olvido.
 Por su débil complexion,¹
 y por cuidar de tu infancia,
 compartir no pudo en Francia
 el pan de la emigracion,
 y cuando tan dulces lazos
 pude estrechar sin estorbo,
 ¡ay Dios! el cólera morbo
 me la arrancó de los brazos.
 ¡Madre mia!...

DOLORES.

D. CIP.

A su memoria

fuera tributo mi vida... (Abrazando á Dolores.)
 sin esta prenda querida
 que es mi consuelo y mi gloria.
 Mas no agucemos el clavo
 que me hiere en lo más vivo,
 y volvamos al motivo
 de casarte con Gustavo.
 Siendo él niño todavía,
 á su padre conocí,
 en cuya casa viví
 como pudiera en la mía.
 Ya entonces con regocijo
 afianzaba nuestro afecto
 el agradable proyecto
 de tu boda con su hijo;
 y harto su bondad te muestro,
 pues la alcancé tan cumplida
 con mi libertad perdida
 y mi fortuna en secuestro.
 Hoy que estoy en la opulencia,
 ¿podré mirar con desden
 al noble amigo por quien
 me salvé de la indigencia?

DOLORS.

No; pero ¡á qué matrimonio
 tan aciago me condeno
 si siendo el padre tan bueno
 es quizá su hijo el demonio!

D. CIP.

¿No has visto ya su retrato,
 como él el tuyo?

DOLORS.

En efecto;
 mas con rostro tan perfecto
 puede ser un mentecato.

D. CIP.

No digas tal sacrilegio,
 que no habrá andado hacia atrás,
 y al venirme, era el que más
 descollaba en el colegio.

DOLORS.

Dará de su ingenio muestras
 y tendrá mil alicientes,

pero ¡son tan diferentes
 sus costumbres y las nuestras!
 No me fío de mí sola,
 pero si oigo á mis amigas...
 ¿Cómo han de hacer buenas migas
 un francés y una española?
 Allí todo se hace á escote,
 y quien merece la palma
 no son las dotes del alma
 sino el alma de la dote;
 y al tomar una mujer,
 á manera de subasta,
 todo lo estipulan, ¡hasta
 los hijos que han de tener!

D. CIP. No es errada tu opinion,
 que algo de eso hay por allá;
 mas, tanto allá como acá,
 no hay regla sin excepcion,
 y aunque son de tierra extraña,
 sólo á complacerte aspiran
 hijo y padre, que deliran
 por todo lo que es de España.
 Por eso el pobre Gustavo
 nuestro idioma noche y dia
 estudia; galantería
 que yo agradezco y alabo,
 y prueba de que despunta
 es la instruccion que recibe
 en la carta que te escribe
 á la de su padre adjunta.

DOLORES. Algo chapurrada es,
 mas la entiendo; y yo, en rigor,
 lo haria mucho peor
 si le escribiera en francés.

D. CIP. En fin, venga, y le verás.
 Si no fuere de tu gusto,
 sacrificarte no es justo,
 ni yo lo haria jamás.

DOLORES. Mas por poco que me cuadre,

le daré mano de esposa,
sólo por dejar airosa
la palabra de mi padre.

D. CIP. Y mi corazón me augura
que la boda que desea
se hará pronto, sin que sea
á expensas de tu ventura.

ESCENA II

DOLORES, DON CIPRIANO y PEPA

PEPA. Ya está abajo la tartana.

(D. Cipriano y Dolores se levantan.)

D. CIP. Pues vamos, Dolores.

DOLORES. Vamos.

PEPA. ¡Qué envidia! Tras de los amos
me iría de buena gana.)

DOLORES. Dame mi careta.

PEPA. (Dándola una de dos que están sobre una mesa.)
¿Es esta?

D. CIP. La mía. (Pepa le da la otra.)

Si es toledana

la noche, á bien que mañana
dormiremos buena siesta.

PEPA. ¡Pues ya; sí! Y yo, ¿cuándo duermo?)

D. CIP. Tú vela y cuida de casa,
que madruga Nicolasa
y Cristóbal está enfermo.

PEPA. (¿No dije...?) Bien; ya lo escucho.

DOLORES. ¡Adios!

D. CIP. (Una vez que hay dos,
llevaré una llave... ¡Adios!)

PEPA. Diviértanse ustedes mucho.

(Vánse Dolores y D. Cipriano por el foro.)

ESCENA III

PEPA

PEPA. Buena noche toledana,
y van al baile, cuando una...
¿Pues hay placer en el mundo
como aquella barahunda
de Carnaval? ¡Y poquito
me gusta á mí la mazurca,
y el rigodon, y el galope!
Pero lo que más me gusta
es el vals. ¡Con qué delicia
la persona se columpia,
y se limpia una de humores
con lo que suda y trasuda,
y como una se ventila,
se queda libre de pulgas!
Luego, á favor de la máscara
y de cuatro garatusas,
pasa cualquiera fregona
por señora de alta alcurnia,
y la fea por bonita
y por verde la madura.
Cuando una tiene pareja,
nadie estorba que la luzca,
y cuando una no la tiene.
sin escrúpulo la busca;
y si no cuaja de veras
lo que se emprendió de burlas,
al menos, mientras la cara
bajo el tafetan se oculta,
oyendo dulces requiebros,
se esponja el alma y disfruta,
y se deja una llevar
hacia el ambigú... y abusa,
que así como caballeros
tambien hay damas de industria.—

Ya estará lleno el teatro...

¡Reniego de mi fortuna!

Y tan cerquita, que casi desde aquí se oye la bulla...

Mas me sucede lo mismo que á la zorra con las uvas.—

(Suenan en la calle música de guitarra, bandurria, etc., tocando la rondeña.)

¡Hola! Hay jolgorio en la calle.—

¿A quién darán esa música?—

Dios me conforta con ella ya que el baile me rehusa.—

Y á mi puerta se han parado, que el oído me lo anuncia.—

¡Ay qué gloria de guitarra y qué gozo de bandurria! (Cantan en la calle.)

«Gracias, niña morena, la noche á velar convida, que está apacible y serena. Despierta si estás dormida y saca un alma de pena.» (Siguen tañendo.)

¡Ay que copla tan discreta, y con qué gracia y sandunga la han cantado!—¿Seré yo la agraciada...? ¿Quién lo duda?

Nicolasa es una arpía, Gerónima una lechuza...

Ya en la vecindad no quedan más mozas que Juana y Ursula; pero el novio de Juanilla está en la Huerta de Murcia, y la otra, ¿cómo es posible siendo sobrina del cura...?

Aunque dicen malas lenguas...

Pero ¡ca! serán calumnias. (Cantan otra vez.)

«Prenda de mi corazón, lucero de la mañana, asómate á ese balcon, ó si eres de otra opinion...

asómate á la ventana.» (Siguen tocando.)
 Está visto; á mí me rondan,
 y el que con tanta finura
 me echa coplas que me ponen
 en los cuernos de la luna,
 calafate es por lo menos
 ó patron de una falúa.
 ¿Y seré yo tan ingrata
 y seré yo tan injusta
 que no me asome al balcon
 cuando por mí se aventura
 á un catarro pulmonal
 ó á que le den una zurra? (Abriendo el balcon.)
 Abro, pues, que me da pena
 esa pobre criatura,
 y el amo no me ha de echar
 desde el baile una peluca. (Se asoma.)
 Ya me asomo, pero callo
 hasta ver si me saluda
 por mi nombre. ¿Quién será?...
 ¡La noche está tan oscura!... (Vuelven á cantar.)
 «María, flor de las flores,
 María del alma mia,
 por tí me muero de amores,
 María de los Dolores,
 de los Dolores María.» (Prosigue la música.)
 (Retirándose un poco del balcon.)
 No es para mí la funcion.
 ¡Pese á mi mala ventura!...
 ¡Y salia yo tan hueca!...
 Pero el nombre que pronuncian
 es el de mi señorita.
 ¿Y cómo siendo tan pulcra
 tiene amantes que la canten
 en serenatas nocturnas
 por el son de la rondeña
 esas coplillas tan chuscas?
 Pero á mí... ¡Qué sueño tengo!...
 Aunque se la lleve Judas... (Bostezando.)

¡Ah!... Me sentaré...

(Se sienta junto al balcón, da cabezadas, y á los pocos momentos se queda dormida.)

¡Jesus!...

Para otras tanta... y yo nunca... (Cantan.)

«Si he de subir, dueño mio,

dímelo con una tos,

dulce imán de mi albedrío;

¡déjame subir, por Dios,

que es de noche y tengo frío!»

(Continúa el tañido.)

(Soñando.) ¿Me conoces? ¿Me conoces?

No me trato con gentuza.

¡Quítese allá el mamarracho!...

(Tose dormida, y al instante cesa la música de la calle.)

¡Viva la flor y la espuma

de las Pepas!... (Vuelve á toser, y despierta.)

¡Qué remusgo!...

Se me ha enfriado la nuca...

y esta tos... entornaremos...

(Entorna el balcón sin moverse de la silla, y hace esfuerzos para dormirse otra vez, pero la tos la vuelve á desvelar.)

¡Otra vez la tos perruna!... (Se levanta.)

Buscaré con qué abrigarme...

(Abrese el balcón y aparece Gustavo.)

¡Ay Virgen de las Angustias!

ESCENA IV

GUSTAVO y PEPA

GUSTAVO. ¡Oh salejro!... Buena tarde...

PEPA. (Gritando.) ¡Socorro!—¿Con qué intenciones viene usted?...

GUSTAVO. ¡Calla!

PEPA. ¡Ladrones!

GUSTAVO. ¿Yo ladrones? ¡Dios me en guarde!

PEPA. ¡Ay, me dan unos sudores!...

- GUSTAVO. La música de tu tos...
Mas la... semblante de vos...
Vos no estás donna Dolores.
- PEPA. ¡Aparte de aquí el borracho!
- GUSTAVO. ¿Yo emborrachar? Dios testigo...
- PEPA. Aparte de aquí le digo,
y no se finja gabacho.
- GUSTAVO. Mí no finco yo, ¡maldita!...
Mí, no ladrron, sino esposo;
mí yo soy un amojroso.
¿Dónde está la señojrita?
- PEPA. ¿Qué tiene que ver con ella
un pícaro...?
- GUSTAVO. ¡Oh! por San Pablo...
No; yo soy un pobre diablo
que está nasido en Marsella.
- PEPA. En todas partes hay cuño
de bribones.
- GUSTAVO. *¡Oh mon Dieu!*
Si no callas, *¡ventrebleu!*..
te doy un golpe de puño.
- PEPA. ¡Piedad! ¡Socorro! ¡Ha de casa!
- GUSTAVO. *¡Tais toi!*
- PEPA. ¡Cristóbal!... ¡Vecino!
¡Al ladron! ¡Al asesino!
¡Nicolasa! ¡Nicolasa!—
¡Ella duerme! ¡El está enfermo!...
- GUSTAVO. *¡Oh damnation!*
- PEPA. ¡Que me viola!
¡Que me mata!... ¡Y yo aquí sola
con semejante estafermo!
- GUSTAVO. *¡Fi donc!* ¡Pecado nefando,
digno de eternal castigo!...
No vengo buscar á tigo:
es dom Lopes quien demando. (Gritando.)
¡Dom Lopes!—¿Dónde se esconde?
¡Dolojres!
- (Suenan golpes fuertes y repetidos en la puerta de la calle.)

- PEPA. (Llaman con bulla...
¡Respiro! Alguna patrulla...)
- GUSTAVO. ¡Persona no me responde!
- PEPA. (Iré... Mas la llave suena.
Vendrá el amo...) Ahora verás...
(Dentro ruido y voces.)
¡Al ladron!
- GUSTAVO. ¡Qué Barrabás
de villa de Cartaguena!

ESCENA V

GUSTAVO, PEPA, DON CIPRIANO, UN OFICIAL y SOLDADOS

- D. CIP. ¡Aquí está! ¡Date á prision!
(Los soldados le rodean.)
- GUSTAVO. ¿Yo prisioneiro? ¡Demontre...!
- PEPA. ¡Ay amo del alma mia!
- GUSTAVO. ¡Tanto mundo contra un hombrre!
¿Y es así que á los huespédes
resiben los españoles?
- D. CIP. ¿Qué oigo? Ese acento... Esa cara...
- GUSTAVO. Mí, yo soy fransés.
- D. CIP. ¿El nombre...?
- GUSTAVO. Gustavo de Martignac.
- D. CIP. ¡Sí, él es, sí!—Nadie le toque.
- PEPA. (Esta es otra que bien baila.)
- D. CIP. Yo respondo de este jóven.
Bien puede usted retirarse.
- OFICIAL. ¿Sabe usted de quién responde?
- D. CIP. Sí tal. Algun *quid pro quo*...
Como aquí no le conocen
y ha venido de sorpresa...
¿No quiere usted que le abone
si viene á ser nada menos
que yerno mio?
- GUSTAVO. ¡Oh dom Lopes!
(Se abrazan.)
- OFICIAL. Bien está. Si usted promete

que no ha de alterar el órden...
 D. CIP. ¿El? Ni soñarlo.
 OFICIAL. Seguidme,
 muchachos.—Felices noches.

ESCENA VI

DON CIPRIANO, GUSTAVO y PEPA

D. CIP. Pues ya se ha pasado el susto,
 anda tú, y llama á Dolores,
 que sin duda se ha escondido
 en los últimos rincones
 de la casa.

ESCENA VII

DON CIPRIANO y GUSTAVO

D. CIP. (Apretando la mano á Gustavo.)
 ¡Voto al chápiro!
 ¡Tomar por ladron al pobre
 Gustavo...! Pues si no vengo
 tan á tiempo, echan á golpes
 la puerta abajo, y te prenden
 sin decir oste ni moste.

ESCENA VIII

DON CIPRIANO, GUSTAVO, DOLORES y PEPA

DOLORES. ¡Papá...!
 D. CIP. Ven aquí...
 GUSTAVO. ¡Oh, la linda
 criatura, anquel de amojres!
 D. CIP. Abraza á tu novio.
 DOLORES. (¡Es él...!)
 GUSTAVO. ¡Ah Dolojritos!
 D. CIP. ¡No me oyes?

Abraza á Gustavo.

DOLORES. (Abrazándole con tibieza.)

Sí...

¡Bien venido!

GUSTAVO. ¡Oh bella doble,
triplemen que el retrato!

D. CIP. ¡Cuánto ha crecido! ¡Está enorme!—
¿Vienes bueno?

GUSTAVO. ¡Oh, mucho bueno!

D. CIP. ¿Y papá? ¿Y mamá? ¿Y la prole?

GUSTAVO. Todas se portan muy bien.

DOLORES. (¡Quiera Dios que tú te portes
mejor que yo espero!)

D. CIP. ¿Y cómo,
cuando con viento del Norte
aun te hacia yo surcando
de bolina el mar salobre,
te encuentro aquí perseguido
por ladron, y dando voces
la criada...

GUSTAVO. ¡Oh! la criada....
yo la pido mil perdones,
es una pequeña bestia.

PEPA. Gracias. (¿Habrá monigote?)
¿Qué mujer no se espeluzna
y aturde á gritos el orbe
si está sola y de rondon
y así... de bóbilis, bóbilis,
se le cuela un hombre en casa
con un palmo de bigotes,
y no por la puerta, que eso
al fin seria más noble,
sino...

D. CIP. ¡Qué...!

PEPA. ¡Por el balcon!

D. CIP. ¡Gustavo!

GUSTAVO. Mas...

D. CIP. ¡Qué desórden!

GUSTAVO. Mas présteme usted orecas,

señor, porque yo le informe...
 Señor, yo tengo leído
 Memorias de compatriotes
 que estudian en filósofos
 los costumbres españoles;
 señor, yo tengo aprendido
 que en vuestras poblaciones,
 y otro tanto en Cartaquena
 que en Málaga y en la corte,
 es de rigor... ¿Cómo disen...?
 Pelar el pavo los cóvenes,
 y haser música á las damas,
 y... dar asalto en balcones.
 Y esto no lo disen solo
 los franseses viacadores,
 que de mismo lo constatan
 Mojretós y Caldejrones.

D. CIP. Calderones y Moretos
 fueron discretos pintores
 de su siglo, mas su siglo
 ni es el nuestro ni el de Clovis,
 y hay notable diferencia
 aquí, en Francia y en Hannover,
 de las costumbres de ahora
 á las costumbres de entonces.
 Ya las damas de Castilla
 no imitan en sus amores
 á las gatas, y esos músicos
 nocturnos que echan los bofes
 para exprimir con la jota
 y el fandango sus pasiones,
 y en fin, eso de pelar
 la pava desde las doce
 en coloquios que interrumpen
 muchas veces un garrote,
 ahora ya sólo se estila
 entre la gente del bronce.

GUSTAVO. Perdone usted, pero mí...
 Yo tengo mucho á los goses

populares, y por tanto,
no bien desbarqué en el bote,
busqué en el muelle una tropa
de escolares trovadores,
y con ellos...

DOLORS. Bien está;
pero es accion fea y torpe
encaramarse un amante
al balcon sin que le otorguen
licencia...

GUSTAVO. Esto es verdadejro;
mas yuro á vos y á San Roque
que por boca del cantante
demandé con tres bemoles
una tos de permision;
y hé aquí que de arriba tose
vos de muquer...

PEPA. ¡Pues, la mia!
Rezando mis oraciones
me quedé medio traspuesta,
y con el fresco que corre,
me constipé...

GUSTAVO. E yo creí,—
mi no entiendo de pulmones,—
que aquella tos que tosia
estaba la de Dolojres,
y dique: arriba, Gustavo,
ella te da pasaporte.

DOLORS. Pero aunque usted me juzgara,
señor Gustavo, más dócil
de lo que mi honor permite
á tales insinuaciones,
¿cómo pudo usted creer
que le esperaba? ¿De dónde
sabía yo...?

GUSTAVO. *Mais, ¡bon Dieu...!*
¿No escribí yo al papa á borde
de mi fregata?

D. JIP. No he visto

la carta. Vendría el sobre equivocado.

GUSTAVO.

¡Perdon!

Clajro desia: «á dom Lopes, en Cartaquena.»

D. CIP.

¡Lucidos

estamos!

PEPA.

(¡Vaya un bodoque...!)

D. CIP.

¿Y no más? Lopez me llamo de apellido, mas mi nombre es Cipriano, y van unidos para que no me equivoquen...

GUSTAVO.

Comprrendo. Santo Siprien... ¡Santo grande!

PEPA.

(Ora pra nobis.)

GUSTAVO.

Eh bien, señor mio, el santo...

DOLORES.

(Se fué al cielo.)

GUSTAVO.

Pejro... ¡dròle...!

A mí dico el mensaquero: yo dí carta, venga porte.

D. CIP.

A otro Lopez se la dió sin duda. Habrá unos catorce sólo en mi barrio: D. Pedro, don Cayetano, don Cosme, don Juan, etc., etc... pero son... otros Lopez.

GUSTAVO.

¡Ah, *maladroit que je suis...*!

D. CIP.

Vamos, no te desazones por eso; es muy natural que siendo extranjero, ignores ciertas cosas... Mas ya es hora de dormir. (Mirando su reloj.)

¡Las cuatro y oncel!

Tú estarás cansado...

GUSTAVO.

Un poco.

D. CIP.

Y esta niña no es de roble.

Viene del baile...

GUSTAVO.

¡Ah! Comprrendo.—

Ese no está el uniforme

español... y la máscara...
¡Hoy... Sí, Carnaval; hoy postrre
de Carnaval!

PEPA. (Pues yo creo
que hoy comienza en casa.)

D. CIP. Conque...
aquel es tu cuarto. (A Pepa.) Enciéndele
una luz, y que repose
de sus fatigas.

(Pepa toma una de las dos velas que habrá sobre la me-
sa, y entra con ella al cuarto de la derecha.)

Mañana...

Mal digo; hoy, despues que ronques
á tu sabor, hablaremos
más despacio.

GUSTAVO. (Besando la mano á Dolores.)

¡Adios, consorte
bonita, ¡oh! ¡Bonita...! Adios,
bello padre.

(Volviendo á besar la mano á Dolores.)

¡Un autre! ¡Un autre!

¡Adios!

(Entra en el cuarto de la derecha, y al momento sale de
él Pepa con la luz.)

ESCENA IX

DOLORES, DON CIPRIANO y PEPA

DOLORES. ¡Padre!

D. CIP. Espera adentro
á tu señorita.

PEPA. (¡Pobre
señorita!) (Váse por la izquierda del foro.)

ESCENA X

DOLORES y DON CIPRIANO

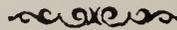
- DOLORES. ¡Ay, padre mio! (Se echa en sus brazos.)
- D. CIP. ¡Niña! ¿Qué es esto? No llores.
¿Te ha disgustado el futuro?
- DOLORES. Siento que usted se incomode,
pero el corazón me anuncia
mil penas y sinsabores.
- D. CIP. Vamos, que el molde no es malo...
- DOLORES. Lo de menos es el molde;
mas, ¿qué puedo prometerme,
qué puedo esperar de un hombre
que hace su primer visita
escalando mis balcones?
- D. CIP. Su ignorancia le disculpa.
Él creía obrar conforme
á los usos del país,
y siendo su amor el móvil
de ese yerro, antes merece
elogios que reprensiones.
Como todos los que llegan
aquí de allende los montes
pirineos, vendrá lleno
de extrañas preocupaciones;
pero es mozo despejado,
y yo espero que le cobres
el amor que hoy le rehusas,
cuando él mismo vea y toque
que no hay tanta diferencia
como los fatuos suponen
entre una dama española
y otra de París ó Londres.
- DOLORES. Quiera Dios...
- D. CIP. (Tomando la otra luz.) Vete á acostar,
y déjate de aprensiones;
que si, contra mi esperanza,

se realizan tus temores,
no te casarás con él
aunque en su favor aboguen
amistad y gratitud;
y ¡por vida de San Jorge,
que si no es buen caballero
en palabras y en acciones,
como entró saldrá, es decir,
por el balcon!—Buenas noches.

(Entra en el cuarto de la izquierda, y Dolores váse por el foro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO



ESCENA PRIMERA

DOLORES y DON CIPRIANO. Acaban de tomar chocolate.

Don Cipriano está de bata y gorro.

- D. CIP. Conque á pesar del cansancio del baile...
- DOLORES. Nada; no pude pegar los ojos.
- D. CIP. Me das con eso una pesadumbre...
¿Por qué desvelarte así?
¿Estabas mala?
- DOLORES. No; tuve una fatal pesadilla...
- D. CIP. ¡Válgate Dios!... Mas ¿qué lúgubre fantasma?...
- DOLORES. ¡El francés! Apenas á mis párpados acude el sueño, no cual solia, profundo, tranquilo y dulce, sino inquieto y angustioso, como el de un mortal que sufre horribles remordimientos...
- D. CIP. No te vayas por las nubes, y al caso. Apenas quedaste dormida, cuando...
- DOLORES. Interrumpe

mi sueño la *vera effigies*
del novio...

D. CIP. ¡Santa Gertrudis!...

Pues á todas las muchachas
les sucede cada lunes
y cada martes lo mismo,
sin que ninguna se asuste.

DOLORES. ¡Ríe usted! Pues no es el lance
para que nadie se burle.

No en suplicante actitud,
aunque hubiera sido inútil,
sino con puñal en mano,
y de sus ojos azules
brotando llamas, y en son
como de toro que muge,
me dice: en vano será
que mi consorcio repugnes.

¡Eres mia! ¡Soy el héroe
de Dumas! ¡Calla y sucumbe!
¡Soy Antony!—Yo gritaba—
¡ay Virgen de Guadalupe!—
resuelta á morir mil veces
antes que empañar el lustre
de mi virtud.—Mis clamores
le enfurecen, brama, crugen
sus dientes, vibra el puñal,
y á mi pecho...

D. CIP. ¡El Via-Crucis
me valga!...

DOLORES. ¡Ay Dios!...

D. CIP. Pero entonces,
lanzandō un suspiro fúnebre
despertaste...

DOLORES. ¡Ah! Sí, señor.

D. CIP. ¡Y á buen tiempo! Si no, te hunde
el puñal en las entrañas
y te cantan *De profundis*
mañana... y luego, ¿qué viste?
espectros, vampiros, luces

ESCENA II

DOLORES, DON CIPRIANO y PEPA

- PEPA. (Saliendo del cuarto de la derecha.)
Ya están
colocados los baules
del huésped.
- D. CIP. ¿Qué hace Gustavo?
- PEPA. Se está afeitando. ¡Qué estuche
tan bonito!
- D. CIP. No saldrá
sin ponerse como cumple
á un novio, de tiros largos,
que estos franceses se pulen
y acicalan... Quizá estrene
alguna moda del *Louvre*.—
¡Y tú estás en *négligé*!
Anda, que Pepa te ayude...
No quiero yo que te coja
desprevenida. Esos bucles...
Ponte uno de los vestidos
que envió don Pedro Nuñez
de Paris.—Aquel de flores
menudas...
- DOLORES. El que usted guste.
Ven, Pepa.
- PEPA. (¡Emperegilarse
para agradar á un franchute!)

ESCENA III

DON CIPRIANO

- D. CIP. Pero, señor, qué manía...
¡No perdonarle una tacha
venial!... Vamos; la muchacha

le ha cobrado antipatía.—
 Quizá un elegante frac
 convierta en amor el asco;
 pero si no, ¡es fuerte chasco
 para el pobre Martignac!
 Sentiré que, según trazas,
 después de fletar un barco
 para atravesar el charco,
 le cargue de calabazas;—
 mas, por mucho que me aflija
 tan dolorosa sentencia,
 habrá de tener paciencia,
 que antes que todo es mi hija.

ESCENA IV

DON CIPRIANO y GUSTAVO. Gustavo sale de su cuarto en bata
 y chinelas

GUSTAVO. Buen día, mi cajro suegro.

D. CIP. (Abrazándole.) ¡Oh Gustavo! ¡Voto á quién!...
 ¿Qué tal? ¿Se ha dormido bien?

GUSTAVO. Perfectamente.

D. CIP. Me alegro.

GUSTAVO. ¿Y vos?

D. CIP. Muy bien.

GUSTAVO. ¿E qué tal,
 Dolojres?

D. CIP. Como en la gloria.

(No le contaré la historia
 de aquel ensueño fatal.)

¡Qué bata tan elegante!

GUSTAVO. La puse por me rasar,
 peyro la ropa talar
 está mucho redundante.
 Luego á la consorte mia,
 padre dom Lopes quejrido,
 me presentaré vestido
 en toda seremonía.

D. CIP. Tú sabes mis sentimientos,
y con franqueza te digo
que entre nosotros, amigo,
no debe haber cumplimientos.
Ya ves que yo no te agobio
con ellos.—Mas sé lo que es
un jóven... ¡Digo, y francés,
y con ínfulas de novio!
Y como todo mi afan
á su ventura se aplica,
no sentiré que á la chica
te presentes muy galan.—
Ahora te pondrán la mesa...
Tu desayuno he dispuesto...

GUSTAVO. Grrrasias.

D. CIP. Querrás, por supuesto,
almorzar á la francesa.

GUSTAVO. Mí, ya no quiejro ese modo,
é si no estoy impojrtuno,
deme usted un desayuno
todo español, todo, todo.

D. CIP. Te agradezco, por mi vida,
tu españolismo. Ahora bien,
mandaremos que te den...

GUSTAVO. Está clajro; olla podrida.

D. CIP. (¡Olla podrida... á las diez!)

GUSTAVO. Con del choriso é morsilla,
é garbanso de Castilla,
é Valdepena é Querés.

D. CIP. ¡Hombre... (Por más que me esfuerzo,
no puedo tener la risa.)
Nuestra olla no se guisa
para que sirva de almuerzo.
Pero ya que haces alarde
de acomodarte al estilo
del país, vive tranquilo;
yo te la daré más tarde.

GUSTAVO. Fuejrte bien, é grrrasias mil.

D. CIP. En España, para el pasto

- matutino hacen el gasto
Caracas ó Guayaquil.
- GUSTAVO. Eh bien, quiejro chocolata...
- D. CIP. Eso es distinto. (Llamando.)
¡Muchacho!
- GUSTAVO. Y un... ¿Cómo apelan...? Gaspacho
con del pemiento y tomata.
- D. CIP. (¡Peor es esto que la olla!)
¿Gazpacho?
- GUSTAVO. Sí; en Cartaquena
gaspacho... ¡cosa muy buena!
- D. CIP. (Apestaría á cebolla.)
Tampoco eso corresponde
tomarlo por las mañanas.
(El pobre ha oído campanas,
pero no sabe por dónde.)
(A un criado que llega.)
Chocolate al señorito,
pan y manteca de Holanda.
¡Pronto! (Váse el criado.)
- GUSTAVO. Haré como usted manda.
Mucho humilde mi apetito.
- D. CIP. (¡Gazpacho! Pues si sintiera
despues la niña el olor...)
- GUSTAVO. (¡*Ma foi, il rassamble au* doctor
Pedrro Resio Tirteafuejra!)
Yo mientrra, con viento en popa,
si no es usted de otro aviso,
iré, con vuestro permiso,
á meterme la otra ropa.
- D. CIP. Muy bien pensado. Anda, pues,
y haz siempre lo que te cuadre...
- GUSTAVO. Sin adios, señor dom... padrre
político.
- D. CIP. Hasta despues.

ESCENA V

DON CIPRIANO

D. CIP. Es una alhaja ese mozo.
 Pero ¡qué extraño furor
 de españolizarse! Temo,
 si á la mano no le voy,
 que la que miraba ayer
 la boda con prevencion
 por ser francés el marido
 que la destinaban, hoy
 le repruebe desdeñosa
 por demasiado español.—
 Pero en su propia manía
 fundo mi esperanza yo,
 porque de mi cuenta corre
 darle buena direccion,
 y ella habrá de agradecerle
 esa prueba de su amor,
 ya que hasta ahora, por dicha,
 es libre su corazon.—
 ¡Eh! Dejemos á Gustavo
 que se ponga *comm' il faut*,
 y vamos...

ESCENA VI

DOLORES y DON CIPRIANO

CIP. ¡Hola, ya vienes
 vestida!... ¡Y con qué primor!
 (Vuelve el criado con el chocolate para Gustavo en una
 bandeja, y entra en el cuarto de la derecha.)

LORES. ¿Me sienta bien el vestido?

CIP. Hermosa estás como un sol.

LORES. Ya ve usted que he procurado

complacerle.

D. CIP. Y yo te doy
las gracias. Se quedará
Gustavo hecho un ababol
cuando te vea. El tambien,
á fuer de novio de pro,
implora para agradarte
auxilios del tocador.

DOLORES. ¿Le ha visto usted?
(Sale de vacío el criado, y váse por el foro.)

D. CIP. Há un momento
que de mí se separó.
Ciego está por tí.

DOLORES. ¿De veras?

D. CIP. De veras. ¡Y qué pasion
por las cosas de mi patria!
Su padre no me engañó.
Y esa pasion á tu lado
crecerá como el arroz,
y luego que aprenda bien
la lengua de esta nacion,
ninguno dirá que es hijo
de Provenza ó Languedoc,
sino que le han bautizado
en Madrid ó en Badajoz.—
¡Ah! escucha. Ya me olvidaba
de hacerte una prevencion...

DOLORES. ¿Cuál, papá?

D. CIP. Para seguirle
al clima donde nació,
ni te expondrás, hija mia,
por ese elemento atroz
á naufragar, ó á que estalle
la caldera del vapor,
ni por tierra á dar un vuelco
cuesta abajo si veloz
el ganado se desboca,
ó se embriaga el postillon;
ni á que un guarda en cada pueblo

saque tus trapos al sol,
y ladrones te acometan
un dia sí y otro no;
¡que es un contento el viajar
por esta tierra de Dios!

DOLORS. Eso es decir que Gustavo
cambiará su pabellon
por el nuestro.

D. CIP. Justamente.

DOLORS. Me alegro.

D. CIP. Cuando se habló
de casaros, esa fué
mi primera condicion,
y la aceptaron gustosos
hijo y padre.

DOLORS. Les estoy
agradecida.

D. CIP. Con esto,
y con ser tan bonachon
y tan amable Gustavo
que nunca alzará la voz
para contrariarte en nada,
felices sereis los dos;
y yo lo seré tambien
si otorga su bendicion
el cielo á vuestro consorcio,
y antes que siegue la hoz
de la Parca el hilo frágil
de mi vida, el comadron
me anuncia, para consuelo
de mi gota y de mi tos,
el dichoso natalicio
de un nieto como una flor.

DOLORS. ¡Jesus, papá; tiene usted
unas cosas!...

D. CIP. ¡Voto á...! Son
las tantas de la mañana,
y tan indolente soy
que aun no me he puesto otra ropa

más decentita. (Llamando.)

¡Querol!

No es justo que sola tú
lo luzcas... (Al criado, que llega.)

Sígueme.

(A Dolores, entrando con el criado en el cuarto de la izquierda.)

¡Adios!

ESCENA VII

DOLORES

DOLORES. Habré, al fin, de confesar
que papá tiene razon,
y que no estriba en ningun
fundamento mi temor.
Su cariño, su experiencia...
por otra parte, el *garçon*
no tiene mala figura,
y aunque seria mejor
dar mi mano á un compatriota,
que no á un *monsieur* ni á un *milord*,
bueno es parecerle bella.—
Consultemos al tremó...
(Mirándose al espejo.)
El no saldrá todavía,
porque es larga operacion
para un francés la *toilette*,
y una hora de reloj
tardará sólo en atarse
la corbata...
(Sintiendo pasos, vuelve la cabeza y ve á Gustavo vestido de majó.)

¿Quién...?

ESCENA VIII

DOLORES y GUSTAVO

- DOLORES. ¡Ah!!!
- GUSTAVO. ¡Oh!!!
- DOLORES. ¿De majo usted? ¿Qué proyecto?...
- GUSTAVO. ¡Vos en costumbre francesa!
- DOLORES. Ese traje... Mi sorpresa...
- GUSTAVO. Español todo, perfecto.
Mi amigo don Casanova,
en Marsella residente,
por mi cuerpo expresamente
lo mandó haser en Cordoba.
Él es bello.
- DOLORES. Sí; muy cuco.
(Tomarlo á risa es mejor.)
- GUSTAVO. Grrrasias.
- DOLORES. (Para salteador
sólo le falta el trabuco.)
- GUSTAVO. Yo muestrro mi simpatía,
señora, en este momento
adoptando el... vestimento
de mi segunda patria.
- DOLORES. Gracias por tanto agasajo,
que es, cierto, cosa muy bella
ver á un hijo de Marsella
con los arreos de majo.
- GUSTAVO. Yo, francés, estaré surdo
en llevarle.
- DOLORES. No; no tal.
(Ayer, que fué Carnaval,
comprendo... mas hoy ¡qué absurdo!—
¡Y mi padre me anunció!...)
Siéntese usted. (Se sientan.)
- GUSTAVO. Grrandes gracias.—
Mais... ¿Usted tambien diplomásias?...
- DOLORES. ¿Cómo... diplomacias yo!

- GUSTAVO. Sí; pues, á vuestro pesar,
cóven persona, os vestís
á la moda de París
solmente por me agradar.
- DOLORES. No; lo que tengo me pongo...
- GUSTAVO. Pejro en el error estás
que á mí gusta mucho más
el mantilla y la... sojrongo.
- DOLORES. (¡Ya se apea por la cola!)
- GUSTAVO. Traque fransés... ¡mucho enfado!
- DOLORES. Pero, ¿usted se ha figurado
que yo soy una manola?
- GUSTAVO. ¡Eso! ¡Guapolo! ¡El bello nombrrre,
manola! Yo un español
conosco que en *mi bemol*
cantaba...
- DOLORES. (¿Está loco este hombre?)
- GUSTAVO. (Cantando y jaleando.)
«Ancha frranca de velludo
en la tejrsiada mantilla,
aijre resio, questo errudo,
sobejrana pantojrilla,
alma atrrós, sal española...
¡A!sa! ¡Hola!
¡Vale un mundo mi manola!»
- DOLORES. ¡Bravo! ¡Bravo! (Está de chungo.)
- GUSTAVO. ¡Oh! ¡Grrasias...!
- DOLORES. (¡Quién fuera sorda!)
Lo canta usted que lo borda:
con muchísima sandunga.
- GUSTAVO. É yo porto castañolas
é todo lo menester,
que dan mucho de plaser
á mí dansas españolas,
é un bolejro de alto rango
me aprendió nota por nota
un poquito de la cota
é un poquito del fandango;
é yo dajré testimonio

de habilidad, *il me semble*,
cuando bailamos *ensemble*
el día del matrimonio.

DOLORES. Señor mio, usted se engaña
si juzga en sus devaneos
que gustan de esos jaleos
las señoritas de España.
Yo blasono de patriota,
mas no sé bailar, ni quiero,
la cachucha ni el bolero,
el fandango ni la jota.

GUSTAVO. ¿Veramente? (*¡C'est dommage!*)
¿Pues qué baila usted?

DOLORES. *Galope,*
vals...

GUSTAVO. ¡Oh...! *¡Mais c'est de l'Europe!*

DOLORES. Rigodon...

GUSTAVO. *¡Pas davantage!*

DOLORES. Y este es el traje que visto.

GUSTAVO. ¡Dios mio, todo francés,
de la cabeza hasta el piés!
¡Valga á mí San Quesucristo!—
Mas si ese costumbre manca,
otros restarán *peut-être*,
señora, de *vos ancêtres*
tan aquí que en Salamanca.

DOLORES. Cierto, que cada nacion
tiene su fisonomía
peculiar; así la mia
como la de usted.

GUSTAVO. *¡Allons!*

Resterá, pues, el guitajro
y el tabaco... ¡Oh, muejro yo
por el tabaco!—*A propos*,
voy ensender un sigajro.

(Saca una petaca con cigarros, y de ella uno, que enciende luego con un fósforo.)

DOLORES. (¡Ay Dios mio, yo te imploro...)
Cierto; aun dura esa costumbre...

- (¡Maldecida!) Traerán lumbre...
- GUSTAVO. No; mí ensenderá fosfóro.
- DOLORES. (¿Fósforos tambien? ¡Qué peste!
Me va á inficionar la sala.
Yo voy á ponerme mala...)
- GUSTAVO. (Fumando.)
¡Mucho buen sigajro aqueste!—
¡Pobrre España sin sus bailes...
- DOLORES. (¡Uf! ¡Qué humo tan condenado!
- GUSTAVO. ¡Y por sima del mercado
la supresion de los frrailes!
Vos estajreis mal contentos
de esa ley niveladojra.—
Mas, ¿cómo mascan ahojra
los padres de los conventos?
- DOLORES. ¿Qué sé yo de eso? Presumo
que con las muelas...
(Apartándose por huir del humo.) (¡Jesus!)
- GUSTAVO. (¡Tiens, elle est fâchée...! ¡Pas plus...!)
- DOLORES. (¡Maldicion á tí y al humo!)
- GUSTAVO. Pejro la cosa más buena
que os han decado los mojros
son los tojros... ¡Oh, los tojros...!
¿Hay tojros en Cartaquena?
- DOLORES. (Aumentándose por grados su mal humor.)
Sí, señor.
- GUSTAVO. *¡Le beau spectacle!*
¿Mucho leguas caminar?
- DOLORES. Algunos... vienen por mar.
- GUSTAVO. *Ca ne serait pas miracle,—*
Mí, yo viviré con pena
mientrra los dos no casamos
y al otro dia tengamos
tojritos en Cartaquena.—
Pejro usted, bella Dolojres,
torna cara é no contesta.
- DOLORES. Es que... (Puf!)
- GUSTAVO. E manifiesta
que tiene malos humojres.

- DOLORES. ¿Malos humores? ¡No tal!
Mal humor... puede que sí.
- GUSTAVO. ¡Perdon, Dolojritos! Mí...
Peut-être me exprimo mal.
Mas, ¿por qué de mala guisa?...
- DOLORES. Ese cigarro...
- GUSTAVO. ¡Oh! Sí, ahojra
comprendo... ¡Perdon, señora!
¡Perdone usted la meprisa!
- DOLORES. No hay de qué. (¡Gracias á Dios
que deja, al fin, de fumar!)
- GUSTAVO. (Ofreciendo á Dolores la petaca.)
Prende otro sigajro; un par...
é fumajremos los dos.
- DOLORES. (Levantándose irritada.)
¿Yo fumar? ¡Yo! ¡Qué insolencia!
- GUSTAVO. *Mais...* yo pensaba...
- DOLORES. ¡Bellaco!
- GUSTAVO. Yo he leído...
- DOLORES. ¡Yo tabaco!
¡Quítese de mi presencia!
- GUSTAVO. (Siguiéndola.)
Pejro atienda usted un poco.
¡Es habano...! Mijra aquí...
¡Pujro habano...!
- DOLORES. (¡Uf...! ¡Ay de mí!
¡Qué angustia! Yo me sofoco.)
- GUSTAVO. ¡Oh qué cajra de demonia!...
- DOLORES. ¡Aparte usted! (Yo me caigo...)
- GUSTAVO. ¡Señora...!
- DOLORES. (Pero... aquí traigo
mi frasquito de colonia...)
(Saca del pecho un pomito, y Gustavo retrocede aterrado.
Ella entre tanto le huele sin que él lo advierta.)
- GUSTAVO. *(¡Ciel, le poignard!* ¡La navaca!
Elles sont armées toujours!)
- DOLORES. ¡Ah! Yo... fallezco...
- GUSTAVO. ¡*Au secours!*
On fairà ici ma... mortaca...

Il faudra la désarmer...

(Se abalanza á ella para quitarla lo que tiene en la mano.
Dolores grita.)

DOLORES. ¡Socorro...! ¡Infame...! ¡Traicion!

GUSTAVO. (Apoderándose del pomito.)
¡Je l'ai!—¡Mais c'est un flacon!

DOLORES. ¡Ah! (Cae desmayada en la silla.)

GUSTAVO. *¿Est-ce qu'elle pâme? ¡Si fait!*
(Acude á socorrerla.)

ESCENA IX

DOLORES, GUSTAVO, DON CIPRIANO y PEPA

PEPA. (Llega corriendo por el foro.)

¿Quién grita? ¿Qué ha sucedido?

D. CIP. (Sale apresurado y á medio vestir del cuarto de la izquierda. Le sigue el criado.)

¿Quién da voces? ¡Ah! ¿Qué ven mis ojos! (Acercándose.) ¡Hija! ¡Dolores!

(Don Cipriano y Pepa sostienen á Dolores.)

¡Agua!

(Váse el criado corriendo por el foro.)

¿Qué es esto?

GUSTAVO. No sé.

Ella... Señor... *Ce petit réceptacle... Je croyais...*

D. CIP. ¿Y qué diablos significa ese ridículo tren?

GUSTAVO. ¡Oh! Mi vestido de maco.

D. CIP. ¡Estás gracioso con él!—
¿No viene el agua?

PEPA. Ya creo
que respira.

DOLORES. (Volviendo de su desmayo.)

¡Ay de mí!... ¿Quién?...

(Vuelve el criado con agua.)

D. CIP. No temas. Soy tu papá...
Bebe agua...

- DOLORES. No tengo sed.
- D. CIP. No importa; una poca...
- DOLORES. Venga.
(Toma el vaso y bebe; el criado se retira en seguida.)
- GUSTAVO. (*¡S'evanouir! ¡Qui l'aurait dit?*)
- D. CIP. Si estás mala, hija mia, puedes irte á recoger.
- DOLORES. No; ya me siento mejor. Estando al lado de usted, nada temo. (*Se levanta.*)
- D. CIP. Segun eso, temias antes...
- DOLORES. Sí; aquel...
(Viendo á Gustavo.)
¡Ese hombre!...
- D. CIP. (*A Pepa.*) Vete allá dentro. Ya no te hemos menester.
- PEPA. (*Harto será que no acabe en tragedia el entremés.*)

ESCENA ULTIMA

DOLORES, GUSTAVO y DON CIPRIANO

- D. CIP. ¡Voto á briós, Monsieur Gustavo de Martignac!...
- GUSTAVO. Todo fué, señor, un mal entendido, *et j'en atteste le ciel...*
- D. CIP. Oigamos primero á ella.
- GUSTAVO. Yo, caballejro...
- D. CIP. Bien, bien...
- GUSTAVO. E siempre por las señoras mucho galante é cortés.
- DOLORES. Papá, ¿es cortés ni galante un novio que viene á ver á su futura vestido como un jayan de Jerez?

- Y si á esto encuentra disculpa,
como al asalto de ayer,
¿es cortesía no hablar
á una dama de mi prez
sino de toros y frailes...?
- GUSTAVO. *Mais...*
- D. CIP. ¡Silencio!
- GUSTAVO. *Je me tais.*
- DOLORES. ¿Y en vez de alabar mi traje,
siquiera porque es francés,
decirme que me estaria
mejor...—¡sátira soez!—
el zorongo... ¿Qué es zorongo,
Dios mio? ¡Y el guardapiés
á media pierna!... ¡Y cantarme
con ese acento cruel
la cancion de la *Manola!*
- D. CIP. ¡Oiga! ¿Es músico tambien?
- GUSTAVO. Sí, señor, filarmónico.
- DOLORES. Y, por último, encender
un fósforo, y en el fósforo
un cigarro... ¡Ay San Andrés!
¡Todavía está humeando
esa boca de Luzbel!
- D. CIP. ¡Tire usted con mil demonios
ese cigarro!
- GUSTAVO. *Mais...*
- D. CIP. *¡Mais!...*
- ¿No ve usted que con el humo
se desmayará otra vez?
- GUSTAVO. Eh bien, ya tijro sigajro. (Lo hace.)
(*Je commence à m'ennuyer.*)
- DOLORES. Y aun fumar él... vaya en gracia;
mas ¡tener la avilantez
de ofrecerme otro cigarro!
- GUSTAVO. Por galantería.
- D. CIP. ¡Pues!
- GUSTAVO. A mí enseñar que en España
fuman hembras.

- D. CIP. De la hez
del pueblo, y pocas.
- GUSTAVO. ¿Qué entiendo?
Alors, il faudra brûler...
quemar mis libros.
- D. CIP. Sí; debes
hacer un auto de fe
con ellos.
- DOLORES. En fin, su habano,
que maldiga Dios, amén,
me trastornó los sentidos;
desfallecida saqué
ese pomito del pecho
para frotarme la sien
y la nariz, ¡y el villano
me asió del brazo...
- GUSTAVO. *C'est vrai.*
- DOLORES. Y me quitó...
- GUSTAVO. *C'est ça; oui.*
- D. CIP. ¡Hum!... ¡Voto á cristas de pez!...
- DOLORES. Y... no puedo decir más,
que entonces me desmayé!
- GUSTAVO. ¿Podré mí hablar á mi turno,
señor don Lopes Siprien?
- D. CIP. Sí; y yo deseo en el alma
que te justifiques.
- GUSTAVO. ¡Eh!...
¿Qué opinion formais de migo?
¿A qui croyez vous parler?
¿Habré yo desafiado
sielo é mar en mi baquel
por robar una pequena
butella *qui ne vaut...* trres
majravedís?... Mí pensaba
ser ¡navaca! ¡*Pardonnez!*
- D. CIP. (Soltando la carcajada.)
Ja, ja...
- DOLORES. ¿Yo, navaja, padre!
¡Jesus, Jesus!...

D. CIP. ¡Qué sandez!

GUSTAVO. Eh bien, un otra mentijra
de mis libros.

D. CIP. ¡Ya se ve;

dama española y navaja

bajo la liga, es de ley!

¡Y aquí todos son toreros,

y gente de ese jaez;

y en cada casa hay un fraile

que nos manda como rey;

y en las artes y las ciencias

vamos con el siglo diez;

y empieza en los Pirineos

el territorio de Argel!

Hay en Francia infinidad

de españoles que dan fe

de lo contrario; no importa:

nadie, responden, es juez

competente en propia causa,

¡y sólo es pintura fiel

de España la que ellos fingen

como Dios les da á entender!

Y escriben de nuestras cosas

veinte folletos al mes;

mas, si una vez en el clavo,

dan en la herradura cien;

que contraen cataratas

cuando aquí ponen el pié

para ver... lo que no miran

y mirar lo que no ven.

Así, la excepcion es regla

para ellos, y tal vez

si en hora menguada á alguno

muerde en la calle un lebel,

con mucha formalidad

nos dice luego *Gautier*:

«Todos los perros de España

muerden entre cinco y seis.»

Y no faltan escritores—

si quieres los nombraré—
 que sin salir de París,
 pasean por Aranjuez,
 y han bailado la cachucha
 ó el polo con Isabel
 segunda, ó se han embarcado
 en la playa de Jaen,
 para ver en Tarragona
Los Amantes de Teruel.—
 Con semejantes ideas
 vienen á España despues,
 y no es milagro que incurran
 en tanta ridiculez.

GUSTAVO. Mí, por equemplo, señor,
 que desbarco al nocheser
 en Cartaquena... Mi falta
 es disculpable.

D. CIP. Sí es.

GUSTAVO. Mas, aunque mucho credúlo,
 soy hombre honesto.

D. CIP. Lo sé.

GUSTAVO. *Y un quid pro quo...*

D. CIP. No es un crimen.—

Pero Dolores... Ya ves..
 Vuestra boda es imposible.

DOLORES. (Abrazando á D. Cipriano.)
 ¡Padre mio! ¡Qué placer!

D. CIP. Vuestros genios son opuestos.—
 Lo siento mucho...

GUSTAVO. ¿E por qué?
Nous ferions mauvais ménage...

D. CIP. Así lo debo creer.

GUSTAVO. Que tambien cayó por tierra
 la mi torre de Babel.
 Ya estoy mucho romanesco
et de-là les Pyrenées
 venia buscar muchacha
 salejrosa, una muquer
 mucho fuerte, é con la sangre

bullendo como en sarten;
 ¡é la muquer que me dais
 es ella todo al revés,
 que se viste á la francesa
 é tiene mucho desden
 al sigajrro, é se evanuye!...
¡Fi!... Donnez moi mon congé.

D. CIP. Bien; no riñamos por eso,
 y pues el mútuo interés
 vuestro proyectado enlace
 nos aconseja romper,
 démonos padres é hijos
 recíproco parabien...

(Dando la mano á Gustavo.)

y tan amigos como antes.

GUSTAVO. (Apretando la mano á D. Cipriano.)
 ¡Mí siempre amigo de usted!

DOLORES. Y vengan modas de Francia,
 pero ¿maridos tambien?
 ¡No, por Dios!

D. CIP. Y hermanos sean
 el español y el francés,
 mas cada uno en su casa
 y Dios en todas.

LOS TRES. ¡Amén!

FIN DE LA COMEDIA